

Y Nicole, riéndose para su capote, desapareció en las tinieblas que empezaban á condensarse.

— He logrado otra vez mis intentos, dijo Richelieu, pero se diría en verdad que la fortuna principia á hallarme demasiado viejo y me sirve de mala gana. He sido batido por esta chicuela ; pero ¿ qué importa si yo devuelvo los golpes ?

XIV

La fuga

Nicole era una muchacha concienzuda, había recibido el dinero del señor de Richelieu, y lo había recibido de antemano, y preciso era corresponder á esa confianza ganándolo.

Al efecto corrió á la verja, á donde llegó á las siete y cuarenta minutos en lugar de las siete y media, y como el señor de Beausire, habituado á la disciplina militar, era un hombre exacto, hacía diez minutos que estaba esperando.

Hacia también como unos diez minutos que el señor de Taverney se había separado de su hija, y que por consiguiente había quedado sola Andrea. Así que se vió sola, la joven corrió las cortinas.

Gilberto miraba, ó más bien, según su costumbre, devoraba á Andrea desde su buhardilla, sólo que sería difícil decir si las miradas que fijaba en la joven eran de amor ó de odio.

Corridas las cortinas, Gilberto nada podía ya ver, por consiguiente dirigió la vista hacia otro lado, y entonces percibió el plumero del señor de Beausire, y reconoció que se paseaba silbando una canción para distraer el fastidio de la espera.

Al cabo de diez minutos, esto es, á las siete y cuarenta minutos, apareció Nicole, quien cambió algunas palabras con el señor de Beausire, éste hizo un movi-

miento de cabeza en señal de que comprendía perfectamente, y se alejó en dirección de la honda calle de árboles que conduce al pequeño Trianón.

Por su parte Nicole se volvió por donde había ido, tan ligera como un pájaro.

— ¡ Ah ! ah ! dijo Gilberto. El exento y la doncella tienen algo que decirse ó hacer, y temen que los vean. ¡ Bueno !

Gilberto no era ya curioso acerca de Nicole, pero, reconociendo en ésta un enemigo mortal, trataba de reunir contra su moralidad una masa de pruebas con que poder rechazar victoriosamente el ataque, si Nicole le atacaba.

Gilberto no dudaba que la campaña estaba para abrirse de un momento á otro, y, á fuer de soldado previsor, iba reuniendo municiones de guerra.

Una cita de Nicole con un hombre en el mismo Trianón era un arma que un enemigo tan inteligente como Gilberto no podía menos de recoger, especialmente cuando, como lo hacía Nicole, se cometía la imprudencia de dejarla caer á sus pies. Gilberto quiso, por consiguiente, recoger el testimonio de los oídos para reunirlo al de los ojos, y coger al vuelo alguna frase bien acusadora para asestarla victoriosamente contra la joven en el momento del combate.

Bajó, pues, con presteza de su buhardilla, tomó el pasadizo de las cocinas, y llegó al jardín por la escalera de la capilla. Una vez en el jardín Gilberto nada tenía que temer, puesto que conocía todos sus escondrijos, como el zorro conoce su madriguera.

Se deslizó, pues, por debajo de los tilos, en seguida á lo largo de la espaldera, y llegó á un grupo de árboles que se elevaba á veinte pasos del sitio en que esperaba hallar á Nicole.

Efectivamente, allí estaba la joven.

Apenas se había instalado Gilberto entre aquellos árboles, cuando llegó á su oído un ruido extraño, no siendo otro que el que hace el oro sobre la piedra, ese sonido metálico de que nada más que la realidad puede dar una idea exacta.

Gilberto se deslizó como una culebra hasta la pared en forma de terraplén, sobre la que había un seto de lilas, que en el mes de mayo esparcía su perfume y sacudía sus flores sobre los que paseaban costeano la pared de aquella calle honda que separa el gran Trianón del pequeño.

Desde aquel sitio los ojos de Gilberto, acostumbrados á penetrar la oscuridad, vieron á Nicole vaciar sobre una piedra de la parte interior de la verja, y á cierta distancia del señor de Beausire para que no pudiera echarle mano, el bolsillo que le había dado el señor de Richelieu.

Los luises brillaban al caer sobre la piedra, y el señor de Beausire, con los ojos encendidos y temblándole la mano, miraba con atención á Nicole unas veces, y otras las monedas, sin comprender cómo la una poseía las otras.

Nicole fué la primera que habló, diciendo :

— Más de una vez me has propuesto que me vaya contigo.

— ¡ Para casarnos ! exclamó el exento entusiasmado.

— ¡ Oh ! en cuanto á este último punto, querido, dijo la joven, lo discutiremos más tarde ; por lo pronto, lo principal es huir. ¿ Podremos escaparnos dentro de dos horas ?

— Dentro de diez minutos si tú lo quieres.

— No ; antes tengo que hacer algunas cosas en que invertiré dos horas.

— Ya sabes que siempre estoy á tus órdenes, querida mía.

— Bien; toma cincuenta luises.

La joven contó el dinero, y metiendo la mano por la verja, los dió al señor de Beausire, quien se los guardó en el bolsillo sin contarlos.

— Dentro de hora y media, continuó Nicole, ven aquí con una carroza.

— Pero... dijo Beausire.

— ¡Oh! si es que no quieres, figurémonos que nada ha habido entre nosotros, y devuélveme mis cincuenta luises.

— Yo no retrocedo, querida Nicole; pero temo el porvenir.

— ¿ Por quién ?

— Por tí.

— ¿ Por mí ?

— Sí, pues así que hayan desaparecido los cincuenta luises, te hallarás en un estado lastimoso, echarás de menos á Trianón, y luego.....

— ¡ Oh ! qué delicado es el señor Beausire! Vamos, vamos, no hay que temer nada, pues no soy yo de esas mujeres á quienes se hace desgraciadas; no tengas escrúpulos; además, cuando se concluyan esos cincuenta luises, ya veremos.

Y Nicole hizo sonar los otros cincuenta luises que le quedaban en el bolsillo.

Los ojos de Beausire brillaban como dos fósforos.

— Por tí, dijo, me arrojaría yo en un horno ardiendo.

— ¡ Oh ! oh ! ¡ despacio ! No se os pide tanto, señor de Beausire. Así, quedamos convenidos, dentro de hora y media la carroza, y dentro de dos la fuga.

— ¡ Convenido ! exclamó Beausire cogiendo á Nicole

la mano y atrayéndosela para besarla por entre la verja.

— ¡ Silencio ! dijo Nicole. ¿ Estás loco ?

— No, pero estoy enamorado.

— ¡ Hum ! hizo Nicole.

— ¿ No me crees, corazón mío ?

— Sí, te creo; ¡ cuidado con traer buenos caballos !

— ¡ Oh ! descuida.

Y se separaron.

Pero al cabo de un segundo, se volvió Beausire asustado, y dijo :

— ¡ Psit ! psit !

— ¿ Qué hay ? preguntó Nicole bastante lejos ya y tapándose la boca con la mano, para que su voz llegase sin estrépito hasta su amante.

— ¿ Y la verja ? preguntó éste. ¿ Piensas saltar por encima ?

— ¡ Vaya un estúpido ! murmuró Nicole, quien en aquel momento se hallaba solo á diez pasos de Gilberto.

Luego añadió en voz alta :

— Tengo la llave.

Beausire lanzó un ¡ ah ! lleno de admiración y se marchó realmente. Nicole se volvió al lado de su ama con la cabeza baja y las piernas listas.

Gilberto, cuando quedó solo, se propuso las cuatro cuestiones siguientes :

¿ Por qué se fuga Nicole con Beausire, á quien no ama ?

¿ Por qué posee Nicole tanto dinero ?

¿ Por qué tiene Nicole la llave de la verja ?

¿ Por qué pudiendo Nicole huir desde luego, vuelve al lado de Andrea ?

Gilberto hallaba una respuesta á la pregunta : ¿ por qué tiene tanto dinero ? pero no la hallaba á las otras.

Así, al ver la negación de su perspicacia, de tal manera se excitó su curiosidad natural, ó su desconfianza adquirida, si se quiere, que, á pesar de lo fría que estaba la noche, se decidió á pasarla bajo los árboles húmedos, para aguardar el desenlace de aquella escena cuyo principio acababa de presenciarse.

Andrea había acompañado á su padre hasta las barreras del gran Trianón, y volvía sola y pensativa, cuando desembocó Nicole á todo escape por la calle de árboles que conducía á la famosa verja, en donde acababa de tomar todas las medidas con el señor de Beausire.

Nicole se paró al ver á su ama, y á una seña que le hizo ésta, subió detrás de ella y la siguió á su cuarto.

Serían las ocho y media de la noche, y reinaba más oscuridad que de costumbre, porque un denso nubarrón, corriendo del Sur al Norte, había encapotado todo el cielo, de manera que más allá de Versalles, por encima de los altos árboles, y hasta donde podía alcanzar la vista, se veía aquel lúgubre manto cubrir poco á poco todas las estrellas que un momento antes fulguraban en la azulada cúpula.

Un vientecillo pesado y bajo rasaba el suelo enviando ráfagas ardientes á las flores sedientas de agua, que inclinaban la cabeza cual si imploraran del cielo la limosna de la lluvia y del rocío.

Aquella amenaza de la atmósfera no aceleró en manera alguna la marcha de Andrea; al contrario, la joven, triste y profundamente pensativa, ponía como con sentimiento el pie en cada escalón de la escalera que conducía á su cuarto, y se iba parando en todas las ventanas para mirar el cielo, tan en armonía con su tristeza, y retardar de este modo su entrada en la habitación.

Nicole impaciente, despechada, porque temía no se

le pasase la hora por algún antojo de su ama, refunfuñaba en voz baja esa especie de imprecaciones que los criados nunca escasean contra los amos que son tan imprudentes que se empeñan en satisfacer un capricho á costa de los de sus criados.

Al fin empujó Andrea la puerta de su aposento, y no sentándose sino cayendo sobre un sillón, mandó con voz dulce á Nicole que entreabriese la ventana que daba al patio.

Nicole obedeció.

Luego, volviendo adonde estaba su ama, le dijo con ese aire de interés que la adulatora sabía tomar tan bien:

— Tengo miedo de que la señorita esté algo mala esta noche, porque tiene los ojos encarnados é hinchados, á pesar de su brillantez. Creo que necesitáis descansar, señorita.

— ¿Lo crees, Nicole? dijo Andrea sin haber oído lo que aquélla le decía.

Y extendió con flojedad los pies sobre un cojín de tapicería.

Nicole tomó aquella postura por un mandato de que la desnudase, y se puso á desatar las cintas y flores de su peinado, especie de edificio que la demoledora más hábil no derribaba en menos de un largo cuarto de hora.

Durante toda aquella tarea Andrea no pronunció ni una palabra, y dueña Nicole de su libre albedrío trabajó á destajo, estirándole á sus anchuras la cabellera, sin que Andrea saliese de su distracción para quejarse una vez siquiera de los tirones que le daba.

Concluido el tocado de noche, Andrea dió algunas órdenes para el día siguiente, diciendo á Nicole que por la mañana fuese á Versalles en busca de unos libros que Felipe debía haber dejado allí para su her-

mana, y además que avisase á un afinador de pianos que se trasladara á Trianón para templar el clave.

Nicole respondió tranquilamente que si no la despertaban de noche se levantaría temprano y evacuaría aquellos encargos antes que la señorita despertase.

— Mañana escribiré también, continuó Andrea como hablando consigo misma; escribiré á Felipe y esto aliviará un poco mi corazón.

— En todo caso, dijo Nicole en voz baja, no seré yo quien lleve la carta.

Y así que le ocurrió esta reflexión, la joven, que aun no estaba perdida del todo, se puso á pensar tristemente que por primera vez iba á dejar á aquella ama excelente, á cuyo lado se habían despertado su espíritu y su corazón. El recuerdo de Andrea estaba ligado con tantos recuerdos suyos, que de marchitarse aquél se conmovía toda la cadena que subía desde aquel eslabón á los primeros de su infancia.

Mientras aquellas dos jóvenes, tan diferentes en condición y carácter, pensaban de este modo una al lado de otra sin que hubiese conexión alguna en sus ideas, corría el tiempo, y el reloj de Andrea, siempre adelantado al de Trianón, daba las nueve.

Beausire debía hallarse, pues, en el lugar de la cita, y á Nicole sólo le quedaba media hora para ir á reunirse con su amante.

Acabó de desnudar á su ama con la mayor prontitud que pudo, no sin exhalar algunos suspiros en que Andrea no hizo alto; le puso un largo peñador de dormir, y como Andrea permaneciese inmóvil y con la vista fija en el techo, Nicole sacó del seno el frasquito de Richelieu, echó dos terrones de azúcar en un vaso con el agua necesaria para que se derritiesen, y luego sin perplejidad y por la omnipotencia de aquella voluntad tan fuerte ya en su corazón tan joven aun,

derramó dos gotas del licor del frasquito en el agua, la cual se enturbió al punto, y tomó un ligero color de ópalo que fué perdiendo en seguida poco á poco.

— Señorita, dijo entonces Nicole, el vaso de agua está listo, la ropa plegada, y la lamparilla encendida. ¿ Puedo ya ir á acostarme? pues ya sabéis que mañana tengo que madrugar.

— Sí, respondió Andrea distraidamente.

Nicole hizo una reverencia, exhaló otro suspiro que se perdió como los demás, y empujó tras sí la puerta vidriera que daba á la antesalita; pero en vez de entrar en su celda contigua al pasadizo, como saben nuestros lectores, y que recibía la luz por la antesala de Andrea, huyó ligera, dejando entornada la puerta del pasadizo, para seguir exactamente las instrucciones de Richelieu.

En seguida, para no llamar la atención de los vecinos, bajó de puntillas la escalera que conducía al jardín, saltó las escaleras exteriores, y echó á correr hacia la verja á reunirse con el señor de Beausire.

Gilberto no había dejado su observatorio, pues había oído decir á Nicole que volvería dentro de dos horas, y estaba aguardando. Sin embargo, como hacia cerca de diez minutos que había pasado la hora señalada, principió á temer que no volviese.

De pronto la vió llegar corriendo como si la persiguiesen.

Nicole se acercó á la verja, dió la llave á Beausire por entre las rejas, éste abrió la puerta, Nicole se lanzó al lado de afuera, y la verja se volvió á cerrar rechinando pesadamente.

Luego fué arrojada la llave entre la hierba del foso, precisamente debajo del sitio en que estaba Gilberto, el cual oyó el ruido sordo que hizo al caer, y notó dónde había caído.

Entretanto Nicole y Beausire estaban en marcha; Gilberto los oía alejarse, y muy pronto percibió, no el ruido de un coche, como había pedido Nicole, sino las pisadas de un caballo que, al cabo de algunos momentos empleados sin duda en las recriminaciones de Nicole que hubiera querido salir en carruaje como una duquesa, batió la arena con sus herrados pies, no tardando en resonar en el empedrado de la carretera.

Gilberto respiró.

Al fin era libre, al fin se había sustraído al yugo de Nicole, es decir, de su enemiga, y Andrea se quedaba sola. Quizá también al tiempo de irse Nicole había dejado puesta la llave en la cerradura de la puerta; quizá podía penetrar Gilberto hasta donde se hallaba Andrea.

Esta idea hizo dar un brinco al ardiente joven, animado de todo el furor que causan el temor y la incertidumbre, la curiosidad y el deseo.

Y siguiendo en dirección inversa el camino que acababa de andar Nicole, enderezó el rumbo hacia el pabellón que ocupaba la servidumbre.

XV

La doble vista

Andrea, que quedó sola, fué saliendo poco á poco de aquel entorpecimiento moral que la había acometido, y mientras que Nicole huía á la grupa del caballo de Beausire, ella se arrodillaba y hacía una ferviente oración por Felipe, el único ser en el mundo á quien profesaba un afecto verdadero y profundo.

Oraba absorta en su confianza en Dios.

Las oraciones de Andrea no se componían ordinariamente de una serie de palabras pegadas unas á otras, sino que eran una especie de éxtasis divino en que el alma se eleva hasta el Señor y se confunde con él.

En aquellas apasionadas súplicas del espíritu desprendido de la materia no había mezcla alguna de egoísmo. Andrea se abandonaba en cierto modo á sí misma, á la manera del náufrago que ha perdido la esperanza y no ruega ya por sí, sino por su mujer y por sus hijos destinados á quedar huérfanos.

Aquel dolor íntimo había nacido en Andrea desde la marcha de su hermano, y sin embargo no era un dolor exento de toda otra mezcla: pues se componía, como la plegaria, de dos elementos distintos, uno de los cuales no era bien inteligible para la joven.

Era como un presentimiento, como la aproximación perceptible de una desgracia; era una sensación análoga á la de las punzadas de una herida cicatrizada, en

que ha cesado el dolor continuo, pero cuyo recuerdo sobrevive mucho tiempo y advierte la presencia del mal como la advertía antes la misma herida.

Andrea ni procuró siquiera explicarse lo que sentía, pues entregada enteramente á la memoria de Felipe, concentró en este hermano querido todas las impresiones que la agitaban.

En seguida se levantó, escogió un libro entre los que componían su modesta biblioteca, colocó su bujía al alcance de la mano, y se metió en la cama.

El libro que había escogido, ó que más bien había tomado á la ventura, era un diccionario de botánica, libro que, como se comprende, no era muy propio para absorber su atención, y sí, por el contrario, para entorpecerla. Así es que muy luego se extendió por su vista una nube, transparente al principio, pero que iba condensándose. La joven luchó un instante contra el sueño, y logró por dos ó tres veces coger el hilo de su fugitivo pensamiento, que volvió á escapársele; luego, al adelantar la cabeza para dar un soplo á la bujía, vió el vaso de agua preparado por Nicole, alargó el brazo, lo tomó con una mano, y con la otra removi6 con la cuchara el azúcar medio derretido, y, dominada ya por el sueño, acercó el vaso á la boca.

De súbito y cuando sus labios tocaban ya el licor, una conmoción extraña estremeció su mano, cayó sobre su cerebro un peso húmedo y abrasador á la vez, y Andrea reconoció con terror, por el líquido que corría por sus nervios, esa invasión sobrenatural de sensaciones desconocidas que habían triunfado ya muchas veces de sus fuerzas y trastornado su razón.

Sólo tuvo tiempo para poner el vaso en el plato, y casi en el mismo instante, sin exhalar más quejas que un suspiro que se escapó de su boca entreabierta, perdió el uso de la voz, de la vista y de la inteligencia, y

cayó sobre el lecho como herida por un rayo, entorpecidos sus miembros mortalmente.

Empero aquella especie de aniquilamiento no fué más que el paso momentáneo de una existencia á otra.

De muerta como parecía estar, con los ojos cerrados al parecer para siempre, se levantó de pronto, volvió á abrir los ojos fijándolos de un modo espantoso, y á manera de una estatua de mármol que descendiese de su sepulcro, se bajó del lecho.

No hay duda, á Andrea había acometido ese sueño maravilloso que varias veces había suspendido ya su vida.

Atravesó el aposento, abrió la puerta vidriera y fué á parar al corredor con la actitud rígida y firme de un mármol que estuviese animado.

Teniendo la escalera al frente, la bajó de escalón en escalón sin vacilar ni precipitarse, y apareció en la gradería exterior.

Cuando Andrea ponía el pie en el escalón más alto para bajar, Gilberto ponía el suyo en el más bajo para subir.

El mancebo vió pues aquella mujer vestida de blanco y con aire solemne avanzar como si le saliese al encuentro.

Retrocedió, y andando hacia atrás fué á sepultarse en un seto de ojaranzos.

Entonces se acordó que así había visto en otro tiempo á Andrea en el castillo de Taverney.

Andrea pasó por delante de Gilberto, hasta rozó con él, pero no le vió.

El joven, asustado, medio loco, se dejó caer sobre las pantorrillas dobladas bajo su cuerpo, y tuvo miedo.

No sabiendo á qué atribuir aquella extraña salida de Andrea, la seguía con la vista; pero su razón estaba confundida, la sangre latía impetuosamente en sus

sienes, y estaba más cerca de volverse loco que de adquirir esa calma que tanto se necesita para observar.

Permaneció, pues, acurrucado entre la hierba y en medio de las hojas, acechando como lo hacía desde que había penetrado en su corazón aquel amor funesto.

De pronto comprendió el misterio de aquella salida; Andrea no estaba loca, ni fuera de sí como creía: pues con aquel paso frío y sepulcral iba á una cita.

Á todo esto surcó el cielo un relámpago.

Gilberto, con el auxilio de aquella azulada luz, vió un hombre escondido en la sombría avenida de tilos, y á pesar de la rapidez con que desapareció la fulgúrea llama, vió también destacarse sobre el fondo negro su pálido rostro y su traje desordenado.

Andrea se encaminaba hacia aquel hombre, quien tenía extendido el brazo como para atraerla á sí.

Gilberto sintió en el corazón como si le clavaran un hierro candente, y se levantó sobre sus rodillas para ver mejor.

En aquel momento rompió la oscuridad otro relámpago.

Gilberto reconoció á Bálamo cubierto de sudor y de polvo, á Bálamo que, con el auxilio de alguna misteriosa inteligencia, había penetrado en Triauón, á Bálamo en fin que atraía á sí á Andrea tan invencible y fatalmente como la culebra atrae al pájaro.

Andrea se paró á dos pasos de él.

Bálamo le cogió la mano, y todo el cuerpo de Andrea se estremeció.

— ¿Veis? le dijo.

— Sí, respondió Andrea; pero ha faltado poco para que me mataseis con llamarme de ese modo.

— ¡Perdonadme! ¡perdonadme! dijo Bálamo; pues tengo la cabeza trastornada, no estoy en mí, me vuelvo loco, me voy á morir.

— En efecto, sufrís mucho, dijo Andrea conociendo por el contacto de su mano lo que sufría Bálamo.

— Sí, sí, sufro mucho, y vengo á buscar el alivio á vuestro lado, pues solo vos podéis salvarme.

— Preguntadme pues.

— Decidme otra vez: ¿veis?

— ¡Oh! perfectamente.

— ¿Queréis seguirme á mi casa? ¿lo podéis?

— Lo puedo, si queréis conducirme á ella con el pensamiento.

— Venid.

— ¡Ah! exclamó Andrea, entramos en París, seguimos el baluarte, penetramos en una calle que sólo está alumbrada por un farol.

— Eso es; entremos, entremos.

— Estamos en una antesala, que tiene una escalera á la derecha; pero me lleváis hacia la pared; está se abre, y se presentan unas gradas....

— ¡Subid, subid! exclamó Bálamo; ese es nuestro camino.

— ¡Ah! ya estamos en un cuarto en que hay pieles de león y armas. ¡Calla! ¡se abre la plancha de la chimenea!

— Pasemos; ¿dónde estáis?

— En un cuarto singular, en un cuarto sin salida, y cuyas ventanas tienen rejas. ¡Oh! ¡qué desordenado está todo este cuarto!

— ¡Pero vacío, vacío! ¿no es verdad?

— Sí, vacío.

— ¿Podéis ver á la persona que lo ocupaba?

— Puedo verla, si me dan un objeto que ella haya tocado, que provenga de ella ó le pertenezca.

— Mirad este mechón de pelo suyo.

Andrea lo tomó, lo acercó á su persona y dijo:

— ¡ Oh ! conozco á esa persona, y la he visto otra vez huyendo hacia París.

— ¡ Eso es, eso es ! ¿ Podéis decirme qué hizo en estas dos horas y á dónde se ha ido ?

— Esperad, esperad ; sí, está recostada en un sofá, y tiene medio desnudo el pecho, con una herida más abajo de él.

— ¡ No la dejéis, Andrea ! no la dejéis !

— Estaba dormida, pero se despierta ; ahora busca en su derredor ; luego saca un pañuelo, se sube sobre una silla ; ata el pañuelo á los barrotes de la ventana. ¡ Oh ! ¡ Dios mío !

— ¿ Efectivamente quiere matarse ?

— ¡ Oh, sí ! está decidida á morir ; pero la aterra ese género de muerte. Deja atado el pañuelo á las barras y se baja... ¡ Ah ! ¡ pobre mujer !

— ¿ Qué hace ?

— ¡ Oh ! ¡ cómo llora, cómo sufre, cómo se retuerce los brazos ! Ahora busca un ángulo de la pared en que estrellarse la frente.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío, Dios mío ! murmuró Bálamo.

— ¡ Ah ! se arroja contra la chimenea, la cual representa dos leones de mármol ; ¡ va á romperse la frente contra la cabeza del león !

— ¿ Qué mas ? ¿ qué más ?... Quiero que veáis, Andrea.

— Se para.

Bálamo respiró.

— Está mirando.

— ¿ Qué mira ? preguntó Bálamo.

— Descubre sangre en un ojo del león.

— ¡ Dios mío, Dios mío ! murmuró Bálamo.

— Sí, sangre, y sin embargo no se ha dado ningún golpe. ¡ Oh ! ¡ qué cosa tan extraña ! Esa sangre no es suya, sino vuestra.

— ¿ Mía ? exclamó Bálamo fuera de sí.

— Sí, vuestra, vuestra. Os habéis cortado los dedos con un cuchillo, con un puñal, y apoyasteis el dedo ensangrentado en el ojo del león. Os estoy viendo.

— Es verdad, es verdad ; pero ¿ cómo ha huído ?

— Esperad, esperad ; la veo examinar esa sangre, reflexionar, y después apoyar su dedo donde vos apoyasteis el vuestro. ¡ Ah ! el ojo del león cede, muévase un resorte y la plancha de la chimenea se abre.

— ¡ Imprudente de mí ! exclamó Bálamo ; soy un loco ; pues me he vendido á mí mismo.

Andrea calló.

— ¿ Y sale ? continuó Bálamo. ¿ Huye ?

— ¡ Oh ! hay que perdonar á esa pobre mujer, porque era muy desgraciada.

— ¿ Dónde está ? ¿ á dónde va ? Seguidla, Andrea ; yo lo quiero.

— Esperad ; se detiene un momento en el cuarto de las armas y las pieles ; está abierto un armario ; sobre una mesa hay una cajita encerrada ordinariamente en aqueese armario ; reconoce la cajita y la coge.

— ¿ Qué contiene esa cajita ?

— Creo que vuestros papeles.

— ¿ Cómo es ?

— Está forrada de terciopelo azul con clavos de plata, con manecillas y cerradura del mismo metal.

— ¡ Oh ! exclamó Bálamo dando una patada con furia ; ¿ conque es ella quien ha cogido la cajita ?

— Sí, sí, ella es. Ahora toma la escalera que da á la antesala, abre la puerta, tira de la cadena con que se abre la puerta de la calle y sale.

— ¿ Es muy tarde ?

— Debe ser tarde, porque está muy oscuro.

— Tanto mejor ; se habrá marchado poco antes de

mi regreso; y quizá tendré aun tiempo de alcanzarla; seguidla, seguidla, Andrea.

— Así que se halla fuera de casa, echa á correr como una loca, y llega al baluarte... y corre... corre sin pararse...

— ¿Hacia qué lado?

— Hacia la Bastilla.

— ¿La veis aún?

— Sí, parece una loca; tropieza con los transeuntes; en fin, se para, procura saber dónde está... y pregunta.

— ¿Qué dice? ¡Escuchad, Andrea, escuchad, y por Dios no perdáis ni una sola de sus palabras! Habéis dicho que preguntaba.

— Sí, pregunta á un hombre vestido de negro.

— ¿Qué le pregunta?

— Dónde vive el subdelegado de policía.

— ¡Oh! ¿conque no fué vana su amenaza?... ¿Y le dan las señas?

— Sí.

— ¿Qué hace entonces?

— Vuelve atrás, toma una calle oblicua, y va á salir á una gran plaza.

— La plaza Real, ese es el camino. ¿Penetráis su intención?

— Corred tras ella, corred, porque va á delataros. Si llega antes que vos y ve al señor de Sartines, sois perdido.

Bálsamo lanzó un grito terrible, se arrojó fuera del arbolado, atravesó una puertecilla que abrió y volvió á cerrar una especie de sombra, y de un brinco se colocó en la silla de su caballo Djerid, que golpeaba el suelo con las manos á la puerta.

El animal, aguijoneado á un mismo tiempo con la voz y la espuela, partió como una flecha con dirección

á Paris, y sólo se oyó el sonido de las piedras sobre que volaba.

En cuanto á Andrea, se quedó fría, muda, pálida y de pie; pero, como si Bálsamo se hubiese llevado consigo su vida, se dobló á poco y cayó en tierra.

Efectivamente, con la precipitación se le había olvidado á Bálsamo despertar á Andrea.